

EUSKALERRIAREN ALDE

Año II

REVISTA DE CULTURA VASCA

Núm. 27

Monografía histórica de la Villa de Elorrio

PRÓLOGO ⁽¹⁾

La monografía histórica que va á continuación de este prólogo fué premiada en el concurso que se celebró en Elorrio el mes de Julio de 1906 con motivo de las grandiosas fiestas organizadas en aquella villa para solemnizar un tan fausto acontecimiento como la beatificación de Fr. Valentín de Berrio-Ochoa, esclarecido mártir vizcaíno, timbre del pueblo en que abrió sus ojos á la luz de la existencia y ornamento de la gloriosa Orden de Predicadores.

Tocomo entonces ser ponente del Jurado calificador del Certamen, y al redactar el informe en que dábamos cuenta del juicio que nos habían merecido los trabajos sometidos á nuestro estudio, me expresaba en los siguientes términos por lo que respecta á la monografía que propusimos para el premio:

«En cambio, en las monografías históricas, que exigen investigaciones penosas y un largo acopio de materiales, no hemos podido menos de relacionar la excelencia de los trabajos presentados con el tiempo de que han dispuesto sus autores para concebirlos y ejecutarlos. Una monografía de esta índole no brota de

(1) Este prólogo, todavía inédito, se ha escrito para que figure al frente de la *Monografía histórica de la Villa de Elorrio*, de que es autor el señor don Ernesto Ortiz de Vidásolo. Esa *Monografía* se va á publicar á expensas del Ilustre Ayuntamiento de la citada villa vizcaína.

un solo aliento, como una efusión lírica; no sale de golpe armada de todas armas, como Minerva de la cabeza de Júpiter. Si tiene que ser documentada y crítica—y monografía que no lo sea, no merece ni siquiera que se la tome en cuenta—obliga á cotejar muchos textos, á revolver muchos papeles, á inquirir muchas antigüallas. Ninguna de estas labores se lleva á cabo, sino con el auxilio preciso, indispensable, del tiempo. Y bien ha sabido aprovecharlo el laborioso investigador que ha conseguido dar cima á tan árduo trabajo como el que supone la monografía presentada con el siguiente lema de Cicerón: *Hæc studia adolescentiam alunt, senectutem oblectant.* El Jurado no tiene por qué ocultar, antes por el contrario se complace muy de veras en proclamar muy alto, la dulce sorpresa, la sincera admiración que le ha causado el examen de este notable trabajo, tan concienzudamente hecho, tan nutrido de datos interesantes y significativos, tan certeramente orientado, tan conforme con las exigencias de la crítica. De no haber aprovechado materiales recogidos con anticipación, el autor, en el corto tiempo que ha tenido desde que se anunció el certamen hasta que ha presentado á la Comisión su monografía, ha realizado un verdadero milagro para recoger y ordenar y depurar tantas noticias referentes á la villa de Elorrio, que cuenta de hoy más con una excelente monografía que puede llamarse definitiva y completa, en cuanto cabe calificar de tal una obra de historia que, por su misma índole, está sujeta á revisión perpetua. Parece inútil añadir, después de las precedentes consideraciones, que en estricta justicia entiende el Jurado que ese trabajo es acreedor al primer premio y que con solo él puede considerarse que el éxito del certamen ha sido venturoso. No todos los días se logra un trabajo como este, que merezca pasar á la posteridad, y que servirá para recordar á las generaciones venideras lo que ha sido á través de los siglos y lo que es al presente la villa vizcaína en que vió la luz de la vida el venerable mártir Fray Valentín de Berrio-Ochoa.»

Abierto el sobre que contenía el nombre del autor, se vió que trabajo tan digno de alabanza y tan encarecidamente aplaudido por los jueces calificadores era debido á un joven y estudioso abogado, que amaba á Elorrio, no solo por ser cuna de sus ascen-

dientes, sino por haber vivido en aquella villa desde los primeros días de la infancia. La fuerza de la sangre había dado seguramente alas á su entusiasmo para empeñarle en ardua y paciente labor investigadora, y extraer de papeles viejos y de archivos poco explorados, noticias que contribuyesen á esclarecer los anales de la linda y aristocrática villa vizcaína.

No ha sido esta de las que han existido siglos y siglos sin dejar apenas huella de su existencia en la historia. Aun sin haber saludado las páginas en que se narra nuestro pasado y se refiere la vida de los vascos á través de los tiempos, se comprende la importancia que ha debido de alcanzar la villa de Elorrio, con solo recorrer sus calles con atenta y escrutadora mirada, y observar en los numerosos escudos de armas que campean orgullosos en casas que fueron morada de esclarecidos linajes, huellas de su pasado esplendor. Algo debían de significar tantas y tan nobles familias agrupadas dentro de los muros de la villa, ó en sus aledaños. En determinadas circunstancias esta misma reunión de solares famosos fué perjudicial á la paz y tranquilidad del vecindario, como ocurrió, por ejemplo, en la época luctuosa de las guerras de bandos, que ensangrentaron el país vasco, convirtiéndolo en teatro de contiendas diarias, en que la venganza y el ansia de saciarla ponían en las manos del banderizo el acero que introducía frenético y sin piedad en el pecho del hermano. En aquel período de desbordamiento de las pasiones más desapoderadas y violentas, en que se hacía escarnio de la justicia, y se burlaba con arrogancia la ley, con tal de satisfacer ambiciones de dominación, y hacerse temer del que se consideraba rival peligroso, Elorrio presenció escenas tan sangrientas como la batalla que se dió en su término el año 1468 entre los de Mújica y los de Avendaño. Aunque admitamos que haya exageración en el número de bajas que señalan los historiadores á las parcialidades que tomaron parte en esta función de guerra, siempre será menester reconocer que la pelea fué de las más cruentas que por entonces se registraron en Vizcaya. Para tenerlo por indubitable, no hace falta más que leer los nombres de los caballeros de prosapia esclarecida que murieron allí, porque es de suponer que no solo serían los pertenecientes á familias ilustres quienes perdieron la vida en aquella ocasión

en que quedaron vencidas las huestes de Butrón y Mújica que habían prestado auxilio á los de Zaldívar, como Avendaño se lo prestó á los de Elorrio. Allí perecieron varios de los hijos de Lope García de Salazar, pérdida que debió de ser doblemente dolorosa para éste, porque lejos de autorizarles á acudir á una lucha que resultó tan funesta para ellos, les había reprobado y afeado sus propósitos, «deciéndoles que no tenían ellos razón de ir á Elorrio á sacar á Pedro de Avendaño de lo suyo, ca el no tenía fecha compañía con Juan Alonso si no para defenderle sus solares.»

La génesis de aquella pelea en que jugaron varias lombardas y tomaron parte 30 soldados de caballería dados á sueldo por el Marqués de Santillana para que sirviesen á Juan de Leiva y Lope Hurtado de Salcedo (1), es extremadamente curiosa, si hemos de dar por válido el testimonio de Fray Miguel de Alonsótegui reproducido por Iturriza en su *Historia de Vizcaya*. Dícese que se juntaron un día en Elorrio dos mozos; uno de la parcialidad gamboína y otro de la oñacina, y acaso criados de Sancho Ruiz de Marzana y del dueño de la casa solar de Ibarra. Se pusieron á jugar, y como tuviesen algunas diferencias en el juego y no se avinieran, de las palabras pasaron á los hechos, y el criado de la casa de Sancho Ruiz mató al criado de la casa de Ibarra. Esta muerte hizo estallar la enemistad y la lucha entre los dueños de una y otra casa; y avivándose y enconándose cada vez más aquella aversión que mútuamente se profesaban, el mencionado Sancho Ruiz de Marzana mató á Pedro de Jáuregui, hombre principal. Con ello se encendió en ira el dueño de la casa de Ibarra, sediento de vengar aquella injuria que se infería á su poder; y aprovechando toda ocasión de ver satisfecho este deseo, él y sus parciales procuraron privar de la vida á quien con tanta audacia les combatía, y le persiguieron tenazmente con tal objeto. Pero no lograron realizar su intento, por más que se derramó no escasa sangre en estas contiendas; lejos de eso, Sancho Ruiz de Marzana, altanero siempre, y anheloso de mostrar que valía más que

(1) A propósito de estos soldados de caballería se lee en la *Historia de Iturriza* que fueron «los primeros soldados de á caballo que entraron en Vizcaya desde memoria de los nacidos.»

sus adversarios y no se dejaba intimidar por ellos, fijó á las puertas de San Torcuato ó San Torcaz de Abadiano un célebre cartel de desafío que lleva la fecha de 22 de Febrero de 1468, y en que retaba «á vos Pedro de Ibarra é Pedro Ruiz de Berriz su Padre, é Fernando de Zaldíbar, é sus aderentes é criados, é á vos Martín de Jáuregui, é Martín vuestro fijo, é Fortuño de Uría, é vuestro fijo Juan, é Martín Saenz de Arçubialde, hermano de Juan de Uría, á Pedro de Aguirre é á vuestro Hermano Martín, é Pedro de Aldecoa, é Pedro de Sustaiza vuestro cuñado, é Ochoa de Urtueta, é Juan de Jáuregui, é vuestro fijo Juan Martín de Ardanza, é Juan Perez de Zubiaurre, é Martín de Zabarte, é á vos Juan de Berrio el mozo, sobrino de Juan Ibáñez de Berrio, é Martín Gómez vuestro hermano, é Juan de Echevarría, é Estíbaliz de Zuburrua, é Juan Saenz vuestro Padre, é Martín de Leaniz é Pedro de Leaniz vuestro Hermano, é Martín de Miota, é Martín Galar de Berriozabal, é Juan Martínez vuestro Padre é Juan Ochoa de Arexita de Miota, é Juan de Miota de suso vuestro fijo Juan, é Martín de Arroitabe é Andres vuestro hermano, é Juan de Miota dicho mutil é Martín de Arespacochaga, é vuestro fijo Estíbaliz, é Juan Guerra de Arrieta é Juan de Lequerica con todos los vuestros aderentes.» El desafío lo lanzaba por sí «é por Juan de Marzana, hijo legítimo heredero de Sancho de Leiba con todos sus parientes, é por Hernán Saenz de Urquiaga é Rodrigo de Moncharaz é con Juan Ruiz su fijo, hijos de Rodrigo Ibañez de Muncharaz, é con todos los parientes del linaje é solar de Muncharaz, é con Sancho Martínez de Unda, Basallo del Rey mi Señor, é con todos los parientes del linaje de Bérriz, é con Juan Abad de Avendaño, é por Avendarinpe, é con Martín Gamboa, hijo de Martín Ruiz Señor de Olaso, é Pero Ochoa de Echevarría, é por todos sus parientes, é por todos los otros parientes del linaje de Ibargoin, é por todos aquellos que por el dicho Solar ó linaje de Ibargoin han é hobieren de facer.....»

Donde tales carteles podían extenderse ante escribano, y fijarse impunemente á la puerta de una iglesia, para que alcanzaran mayor notoriedad, poco seguros estaban los intereses de la paz pública, y motivos fútiles bastaban para quebrantarla. Por eso no extraña que cuando se constituyeron las Hermandades viz-

caínas en 1594 bajo la presidencia del Corregidor Doctor Gonzalo Moro, y se dictaron severísimas ordenanzas para la persecución y castigo de los malhechores, al señalarse la manera como las villas habían de contribuir á la acción de la justicia, se determine que Elorrio, en vez de salir con la décima parte de los hombres, contando por fogueras, para apresar á los delincuentes, como era la obligación impuesta á las villas de Bermeo, Bilbao, Lequeitio, Durango, Ondárroa, Marquina y Plencia, saliese con «la mitad de los homes que sean contados por fogueras.» Se vé que para dar frente á los malhechores se necesitaba allí más concurso de gente que en otras partes de Vizcaya. Porque no cabe atribuir esta diferencia que se establece entre Elorrio y otras villas á la escasez de vecindario de la primera; pues si bien es cierto que valdría este argumento, si entre las que no aprontaban más que la décima parte de sus hombres útiles, figurasen únicamente Bermeo y Bilbao, cae por su base el supuesto, desde que se nota que, al lado de estas dos villas de población relativamente densa, aparecen otras como Plencia y Marquina, que ni entonces ni ahora tuvieron ni tienen más habitantes que Elorrio. Tampoco su condición de villa fronteriza pudo ser causa de esa diferencia que hemos hecho notar; ya que en tal caso, idéntica obligación que á Elorrio había de imponerse á Marquina, fundada igualmente en el límite y proximidad de Guipúzcoa. Esta proximidad pudo alguna vez motivar alteraciones de la paz, y originar discordias que se dirimían á mano armada entre guipuzcoanos y vizcaínos (1). Pero mayores

(1) Sobre este punto merece consultarse un discreto y sagaz artículo que el malogrado D. León de Capelástegui escribió con el título de *La inscripción de Otxaga*. El ilustrado autor de este interesante estudio discurrió atinadamente sobre las causas que pudieron dar lugar á que en la frontera de Guipúzcoa, en que se halla situada la casería de Otxaga, fuese necesario estar en vela, según reza la mencionada inscripción, que copiada á la letra dice así:

PARA. VOZ. Y. CENTINELA.
DE. VIZCAYA. ILLVSTRE. COSA.
SE. FUNDO. LA. CASA. DE. OSA.
PARA. Q. SIEMPRESTEN. VELA.

fueron los trastornos que acarreó á la villa de que venimos hablando, su situación en una comarca poblada por muchos y temibles banderizos.

Allí cerca tenía los de Muncharaz en Abadiño, y los de Zaldívar en la anteiglesia de su nombre, y los de Mújica y Butrón en Aramayona, y los de Guevara en el valle de Léniz, y los de Ozeta y Gabiria en Vergara, y los de Bañez y Artazubiaga y Guraya y otros, destrozando la villa de Mondragón, para llegar á la cual bastaba á los de Elorrio salvar el puerto de Campanzar ó *Campanzarraga*, como se lee en algunos documentos antiguos. Rodada de gentes tan difícilmente halladas con el sosiego, y dando albergue en su seno á no pocos ánimos vindicativos é impetuosos, prontos á lanzarse resueltos contra cualquiera que pusiese en duda su poder ó su valentía, ¿quién ha de asombrarse de que Elorrio tardara mucho tiempo en gozar de los beneficios de una paz sólidamente asentada, hasta el punto de que, aun entrado el siglo XVI, y cuando las guerras de bandos se habían extinguido por completo, estallaran alborotos en sus calles, y se conmemorase supra cificación por una lápida de piedra que se conserva empotrada en la esquina de una casa que perteneció al señor Vizconde de Biota y es hoy propiedad del señor Conde del Valle?

Aquellos alborotos de 1524, que alguna transcendencia hubieron de tener cuando se quiso grabar su recuerdo en una lápida que habían de leer los por venir, muestran que si el incendio de las guerras se había apagado, todavía quedaba algún resollo bajo la ceniza, y solo hacía falta un soplo para que brotase la llama.

Lo que esta instabilidad del sosiego público y este temor de pendencias y guerras fratricidas, hubo de estorbar al progresivo desenvolvimiento de la villa de Elorrio, salta á los ojos del espíritu menos perspicaz y penetrante. Pero aun luchando con obstáculos tan graves y continuados, aquella villa supo adaptarse á la nueva situación creada á las gentes vascas por el descubrimiento de América, y por el éxito venturoso que allí se ofrecía á su carácter decidido, emprendedor y resuelto, hecho á pelear con la contrariedad y á vencerla. No debió de ser Elorrio de los pueblos que menos se utilizaron de los tesoros que pródigamente contenía el Nuevo Mundo. Gonzalo de Otálora en su curiosa *Micrología de*

la Merindad de Durango (1), impresa en Sevilla el año de 1634 dice que «la tercera villa de esta Merindad es la de Elorrio, rica y ostentosa, así en edificios como propios, por lo mucho procedido de las Indias.»

Desde que empezó á aficionarse á los bienes que se logran por el cultivo esmerado de la tierra y por el ejercicio de la industria y las transacciones mercantiles, Elorrio se señaló á sí propio el camino que había de seguir en lo sucesivo, viviendo y prosperando al amparo de la paz. Ya las casas solariegas y los escudos ostentosos y magníficos con que estas adornan sus fachadas, no tenían aspecto ni representación bélica: ya aquellos robustos edificios no eran más que morada y asiento de familias distinguidas, que ejercían en torno suyo una influencia tutelar y benéfica, y daban patricios que figuraban con lustre en las Juntas generales de Vizcaya y en los Regimientos y Diputaciones que velaban por el enaltecimiento de este solar.

Una villa que ha experimentado una tan honda transformación, y de ceñuda y guerrera se ha convertido en risueña, apacible, agrícola y hospitalaria, bien merece que se escudriñen sus anales y se vea cómo ese *ayer* tan belicoso y agresivo ha desaparecido en la sima del tiempo, para ser sustituido por esotro *hoy*, admirablemente hallado con cuanto signifique tranquilidad y placidez serena. ¿Influyó en esta modificación tan radical y absoluta el descubrimiento de América y las empresas de exploración que le siguieron? A mi ver, no cabe ponerlo en duda. El sedimento que dejaron aquí las guerras de bandos no hubiese desaparecido del todo, por muy fuertemente que se castigasen los desmanes de los banderizos, y por muy sólidamente que se constituyese la hermandad de los municipios para abatir la soberbia de aquéllos, y reducirlos á la nulidad. El ansia de lucha, apoderada de los ánimos hasta crear una especie de segunda naturaleza, hubiera aprovechado la ocasión más mínima para no quedar en potencia y para transformarse en acto: los alborotos ocurridos en las calles de Elorrio el año de 1524, y perpetuados por una inscripción, lo com-

(1) De este opúsculo de estupenda rareza, hizo en 1884 una edición de 25 ejemplares el señor Marqués de Laurencín. Se ha reimpreso en el *Boletín de la Comisión de Monumentos de Vizcaya* (Año de 1910, cuaderno II).

prueban. Lo que hubo fué que los espíritus aventureros, en vez de encerrarse en el reducido marco de las montañas nativas, y desfogar allí sus iras contra el vecino, se lanzaron á través de los mares, y emplearon sus ímpetus, generosa y gallardamente, en domeñar los elementos embravecidos, y en penetrar en lo interior de selvas vírgenes á donde les atraía la sed del oro y el afán de conquista. Si en esas magnas empresas se veían coronados por el anhelado triunfo, el amor de la patria les hacía volver los ojos á aquella tierra que mereció sus primeros sueños, y á la cual saludaban con el nombre dulcísimo de madre; y para ella fueron las más valiosas ofrendas y los regalos más espléndidos.

Así enriquecieron los hijos de Elorrio el tesoro de la iglesia parroquial de la Purísima Concepción, gala y orgullo de la villa. Atrevida, esbelta y espaciosa, construída en las postrimerías de la Edad Media y en los albores y comienzos de la Edad Moderna, demuestra que, aun en tiempos azarosos y revueltos en que sonaba á cada instante el clarín de guerra, la fe cristiana, ardorosa y viva, sabía infundir á los moradores de Elorrio entusiasmo bastante para emprender, en honor de Dios y con objeto de rendirle adoración y culto, obra de tan grandes aientos, como aquella que el candoroso Otálora en su amor á las cosas del Duranguesado no tenía reparo en calificar con desaforada hipérbole, como uno «de los mejores edificios de Europa en curiosidad y cuerpo», añadiendo que era «riquíssima de plata y ornato, ofrendas de particulares de Indias.»

En aquella iglesia fué donde, en sentir de nuestro inolvidable amigo el P. Pedro Vázquez, de la esclarecida Orden de San Agustín, mostró sus galas y primores el estilo del renacimiento español antes que en ningún otro templo de Vizcaya. ¿De dónde vendría el artífice que trazó las líneas generales de aquel gallardo templo? ¿Lo traería consigo alguno de los ilustres hijos de la Villa que hubieron de ponerse en contacto con los magnates castellanos y frecuentar acaso la cámara regia? La contestación á estas preguntas y á otras muchas idénticas que frecuentemente suscita la contemplación de los monumentos artísticos, solamente puede darla una investigación documental paciente y bien encaminada. Un nombre de alarife ó de tallista olvidado en un libro de cuentas,

una fecha oculta en el registro de acuerdos de un Municipio ó de un Cabildo eclesiástico, explican muchas veces la filiación de una obra y nos ponen en camino de averiguar las influencias que ya en pro, ya en daño de la cultura artística y social, ha recibido un pueblo ó una colectividad humana.

De aquí la utilidad innegable de monografías como la del señor Ortiz de Vidásolo que nós ha sugerido estas consideraciones. Ellas, al impregnar de aire y de luz los datos que yacen escondidos en los Archivos ó en volúmenes que no consultan más que los especialistas, no solo esclarecen los anales del pueblo á que el trabajo se consagra, sino que nos hacen conocer más de un hilo con que se tejió la urdimbre que forma la historia general del país.

CARMELO DE ECHEGARAY.

(Concluirá).



Algunos apellidos castellanos
y sus equivalentes vascos

Acebedo, Acebal.....	<i>Gorostiaga.</i>
Alameda.....	<i>Zumarraga.</i>
Arenal	<i>Ondarra, Ondarreta.</i>
Arroyo	<i>Lasa.</i>
Avellaneda.....	<i>Urreiztieta.</i>
Blanco	<i>Zuria.</i>
Capdepont (catalán)	<i>Zubiburu, Ziburu.</i>
Capdevila (íd.)	<i>Irigoyen, Irigaray.</i>
Carballedo.....	<i>Amézaga, Ameztoy.</i>
Cereceda	<i>Kerejeta.</i>
Casadevante	<i>Aurrekoechea.</i>
Casanova.....	<i>Echeberria.</i>
Casas.....	<i>Echaniz.</i>
Castañeda.....	<i>Gaztañaga.</i>
Castelar.....	<i>Gazteluaga.</i>
Castillo.....	<i>Gaztelu.</i>
Encinas	<i>Arteaga.</i>
Escobar	<i>Errazti, Errazu.</i>
Espinal, Espinosa.....	<i>Aranzadi, Elorrieta.</i>
Fresneda	<i>Lizarraga, Lizardi.</i>
Fuentes	<i>Iturria, Iturriaga.</i>
Haedo	<i>Pagola, Pagadi.</i>
Hinestal.....	<i>Isasa, Isasti.</i>
Hinojosa.....	<i>Milludi.</i>
Illa (catalán) Isla }	<i>Ugarte.</i>
Llano, en gallego Chao.....	<i>Zelaya.</i>
Lobo	<i>Ochoa.</i>

Manzanedo	<i>Sagarduy, Sagasti.</i>
Montes.....	<i>Mendia, Mendieta.</i>
Moreno.....	<i>Beltza.</i>
Noguera, Nocedal, Nozaleda.....	<i>Inchausti.</i>
Palacio	
Pazo (en gallego)	
Palau (en catalán)}	<i>Jauregui.</i>
Pavía.....	
Pedregal	<i>Muxika, Mujika.</i>
Peraleda, Pereda	<i>Arrieta, Arriaga.</i>
Peña.....	<i>Madariaga.</i>
Puente.....	<i>Acha.</i>
Retamar, Retamosa.....	<i>Zubia.</i>
Ríos.....	<i>Isasa, Isasti.</i>
Robledo, Robles.....	<i>Ibaeta, Ibaseta.</i>
Roca.....	<i>Arizti, Aristegui.</i>
Rubio.....	<i>Acha.</i>
Salinas.....	<i>Gorria.</i>
Selva.....	<i>Gatzaga.</i>
Valle	<i>Oyana.</i>
Vega.....	<i>Arana.</i>
Villanueva	<i>Ibarra.</i>
Zurdo.....	<i>Iribarri.</i>
	<i>Ezkerra.</i>

BONIFACIO DE ARREGUI.

NARRACIONES AMENAS

EL HOMBRE, LA CULEBRA Y LA ZORRA

(Cuento popular del país vasco)

A pesar de que son ya muchos los cuentos populares que en el país vasco se han recogido, indudablemente aún quedarán muchos sin que la pluma del escritor los haya trasladado al papel. Hoy ofrecemos á los lectores de EUSKALERRIAREN ALDE uno recogido en la parte alta de Guipúzcoa, y que no ha merecido hasta hoy, que nosotros sepamos, los honores de la publicidad.

Aquellos eran tiempos más felices. Los hombres hablaban menos y los animales hablaban más. Un perro maltratado podía darse el gusto de discutir con su amo la justicia de la paliza que se le arreaba. Los ratones hacían prodigios de elocuencia para convencer al vecino de que sentar los reales en una bien nutrita despensa casera era preferible á vivir libre como el aire y morir por no tener qué comer. Los gatos podían discutir en ordenados turnos, con discursos en pro y en contra, el plan de ataque para apoderarse del succulento capón que en el asador se deshacía en grasa. Hablaban las hormigas laboriosas, los cerdos gruñían silabeando, los peces no eran mudos como ahora, las ranas, con todo descaro, soltaban discursos al mismo Júpiter, y los burros tenían pase libre para dar coches al viento ó dirigir los golpes hacia las narices del vecino, sin dejar por eso de engarzar gráficas frases en la música de sus potentes rebuznos.

Aquellos eran más felices tiempos, digo. En uno de aquellos venturosos días, ocurrióle al buen Pello, hombre inocente y com-

pasivo, recorrer sus heredades para ver cómo pintaban los trigos de junto al camino.

Satisfecho de la visita de inspección parecía el buen Pello á juzgar por el aspecto de su cara sonriente. Pero de pronto, desapareció la sonrisa y los músculos de la cara quedaron rígidos. ¿De quién podía ser aquella voz estridente que salía del camino?

—Présteme usted auxilio, buen hombre, que yo se lo pagaré — repetía la voz.

Pello se acurrucó, apoyó las manos en los muslos, abrió desmesuradamente los ojos y miró al fondo del camino. Junto á un árbol, medio oculta por hierbajos y zarzas, vió una gran piedra y la cabezota enorme de una culebra colossal que se asomaba por debajo de la peña.

—¿Qué te pasa? —preguntó el hombre.

—Me he metido bajo esta piedra y no puedo salir. Tres días llevo bajo esta montaña que me aplasta. Tengo hambre, mucha hambre. Sáqueme de este suplicio, buen hombre. Venga aquí y empuje la piedra para allá.

El primer impulso de Pello fué saltar al camino sin titubear. Pero apenas se dispuso á hacerlo, se llevó rápido su pensamiento primero. Meditó unos segundos, y dijo:

—Oye, oye... ¿Sabes que no me decido á sacarte de ahí?

—¡Por favor!

—¿Y si luego me comes? Tan grande eres que te tengo miedo.

La culebra adujo en favor suyo cuantos razonamientos le sugería la situación apurada en que se hallaba; rogó, prometió, hizo cuanto pudo por convencer á Pello de que nada debía temer.

El hombre no quedó del todo tranquilo, pero llevado de su natural bondad, saltó al camino y empujó la piedra. La colossal culebra se deslizó por entre los guijarros, y entonces sí que á Pello le pesó haber hecho aquella obra de caridad: tal terror le inspiró la culebra de dimensiones nunca por él imaginadas.

De pronto, la enorme culebra silbó gozosa, se enroscó sobre sí misma, alzó la cabeza y de su boca entreabierta salió, recto como una flecha, el enorme aguijón.

—¿Qué vas á hacer? —dijo Pello echándose atrás.

—Voy á comerte. Eres mío.

--¿Y tus promesas?

—Las cumplo. Yo te he dicho que sabría dar á tu buena acción el pago que se merece.

—¿Y es esa la manera de mostrar el agradecimiento prometido?

—Las buenas acciones merecen mal pago.

—Las buenas acciones merecen gratitud.

—¡Infeliz! Pero ¿dónde has aprendido tú ese disparate?

—Disparate? Todo el mundo lo cree así.

—Mira, para que veas que no soy cruel por sistema, sometámonos á una prueba. A los tres primeros vivientes que pasen por este camino les preguntaremos su opinión acerca de cómo merecen ser pagadas las buenas acciones. Ellos resolverán nuestro pleito. ¿Conformes?

—Muy conformes,—dijo Pello seguro de ganar.

El hombre y la culebra esperaban silenciosos. Al poco rato llegó un perro.

—Eh, amigo—dijo la culebra—¿qué pago merece quien ha obrado bien?

—Mal pago —contestó el perro.

Pello quedó helado al oír la respuesta inesperada, y muy consternado preguntó:

—¿Por qué?

—Mire usted—dijo el perro.—Yo he servido lealmente durante diez años á un hombre. Ahora que soy viejo y que no puedo hacer cuanto él quiere, me ha echado de casa. Ya ve usted cómo me paga. Y quien me echa no es un animal como yo, es un hombre como usted. En estas cosas son los hombres quienes más saben, y es uno de ellos quien paga mal mis buenos servicios. ¡Qué le hemos de hacer! No le guardo rencor: yo seguiré queriéndole...

El perro marchó, la culebra se retorció de gusto y el hombre bajó la cabeza.

Al poco rato llegó un burro.

—Oye, cofrade,—dijo animosa la culebra—tú que pareces sesudo y sensato, dime: ¿Cómo debe pagarse á quien obra bien?

—Con un par de coces.

—Calla, burro—gritó Pello sin poderse contener.

—¡Anda, anda! ¿estaba usted ahí? Pues me alegro de que lo haya usted oído. Esa opinión no es mía, es de un hombre, de un animal superior á nosotros, según dicen. En casa de mi amo el molinero nací: Nueve años he pasado por esos caminos doblado al peso del trigo, y de la harina. «¡Hermoso burro!» decía mi amo cuando era joven y trotaba ligero. ¿Y luego? ¿Y ahora? Cada vez me daba menos de comer, porque cada día podía hacer menos viajes. Por fin esta mañana, me abrió la puerta de la cuadra, me arreó tres palos en el lomo y me dijo que no volviera por allá. Ya ve usted lo que acerca de la pregunta que me han hecho, opinan ustedes los reyes de la creación.

El burro dió un brinco, soltó al aire dos coces destinadas *in mente* al amo, y marchó.

—Creo que es inútil esperar la opinión del tercero —dijo la culebra henchida de gusto.

—Sí, embargo... quién sabe... —replicó Pello, más bien por retrasar algo el momento del sacrificio ó por ver si daba con alguna idea salvadora, que por esperar que le sacara de apuros la tercera opinión.

Y discutían el punto cuando llegó una zorra.

—Oye —le dijo la culebra —ven acá. Tú, con esa penetración femenina que teneis las de tu sexo, á ver si nos sacas de dudas.

—Venga de ahí —contestó la zorra satisfecha de que la llamaran á tomar parte en asuntos ajenos.

—¿Cómo merece ser pagada una buena acción?

—¡Vaya una pregunta! ¿Quién va á contestar de plano y sin más ni más á eso?

—Pues otros lo han hecho —dijo la culebra. —¿Y tú con tu fama de lista no sabes contestar? Vamos á tener que dudar de vuestra reputación.

—Oye, charlatana, ojo con lo que se dice geh? Yo no doy mi opinión sin enterarme de los asuntos. El fallo depende siempre de circunstancias especiales, de detalles, de nimiedades; hay agravantes, hay atenuantes... Con que explicadme el caso si quereis saber mi modo de pensar.

Pello se reanimó. Por lo menos la zorra no fallaba tan rotunda y categóricamente como el perro y el burro.

Pello tomó la palabra y explicó á la zorra todo lo sucedido, y al final, al exponerle el pago que la culebra le ofrecía por su buena acción, Pello hizo un párrafo redondeadito acerca del agradecimiento y la caridad, y tal acento de sinceridad puso en sus palabras que la zorra simpatizó con el hombre, aunque se cuidó de no hacer ostensible aquella simpatía. Cuando Pello hubo concluído su narración, la zorra dijo:

— Bien está eso, pero no basta. Hacen falta detalles... Vamos á ver,—dijo á la culebra—¿bajo qué piedra estabas?

—Bajo aquella grande.

—¿Y tenías la cabeza fuera?

—Sí, la cabeza sí.

—¿Y todo el cuerpo debajo de la piedra?

—Todo.

—Bueno, ven acá.—La zorra se acercó á la piedra y la culebra también.

—Vamos á ver; ponte como estabas, para que yo conozca exactamente tu situación.

—¿Ves? así —dijo la culebra colocándose en el lugar que ocupaba cuando Pello quitó la piedra.

—Bueno, creo que vas ganando el pleito—apuntó la zorra. Y luego dijo: ¿Dices que es aquella piedra grande la que tenías encima?

—Sí.

—Tanto mejor para tí. Las circunstancias son favorables á tu causa. A ver, buen hombre, coloque usted la piedra como estaba.

La culebra, satisfecha porque la zorra parecía darle la razón, no se resistió, y Pello colocó la piedra sobre la culebra.

—¿Estabas así?—preguntó la zorra.

—Apretaba mucho más —dijo la culebra.

—Tanto mejor. Apriete, buen hombre. ¿Así?

—Algo más aún.

—Apriete con toda su alma, amigo. ¿Así?

—¡Ay!, ¡Ay!...—chilló la culebra—que me lastimo. Sí, así estaba.

—¿Con que así, eh? Pues si así estabas, sigue así. No merece otra cosa quien como tú está dispuesta á devolver mal por bien.

El hombre y la zorra se alejaron del camino dejando bajó la peña á la culebra que, en espasmos de dolor, alzaba la cabeza y se estiraba pretendiendo herir con la ponzoña de su boca la limpidez del aire por el que se transmitía hasta donde ella se hallaba la alegría alborotadora del hombre y la zorra que refan á más no poder.

* * *

Pello, reconocidísimo por el gran servicio que la zorra le prestó, quiso pagarle el favor. La zorra al principio rehusó los ofrecimientos de Pello, pero tanto insistió éste que al fin se decidió á decir:

—Mire usted. El mejor regalo que se me puede hacer es poner á mi disposición unos pollitos vivos, cuanto más tiernecitos, mejor.

—¡Hombre!—exclamó Pello.—Precisamente tengo en mi casa una colección de ellos que da gloria verlos. Con que, vamos allá.

La zorra se relamía de gusto en el camino. Llegaron zorra y hombre á Iraegui, el caserío de Pello. Este entró en la casa diciendo á la zorra que esperase en la puerta hasta que él volviera con los polluelos.

Pello subió la escalera en busca de su mujer, y apenas dió con ella la puso en autos de cuanto había sucedido.

—Y en pago del excelente servicio que me ha prestado le he ofrecido los polluelos pequeños...

—¿Los chitos?

—Sí.

—¡Qué barbaridad, ofrecerle los chitos!

—Piensa que me ha salvado la vida.

—Sí, sí, pero...

—Y no hay más remedio que dárselos; las buenas acciones merecen recompensa.

—¡Pobres chitos! No me resigno...

—Pues no hay más remedio. Yo se los he ofrecido...

—Vaya, qué no se lleva los chitos.

—Mira que se vengará.

—¡Una idea! No se lleva los chitos, y por añadidura voy á

hacer que se aleje para siempre de nuestra puerta más lista que el relámpago.

—Que le debo la vida, hija.

—Tú ya has conseguido lo que querías. Ahora que se fastidie.

—No, no—clamaba Pello, viéndose próximo á caer en el pecado de ingratitud que tan repulsivo le parecía en la culebra.—Voy á darle algunos... seis no más...

—Ni uno solo. Mira, trae ese saco. Verás tú cómo corre la zorra.

—¿Qué vas á hacer?

—Llama al perro.

—¡Tsuri! — llamó Pello dispuesto á todo en vista de la resolución inquebrantable de su mujer. Luego dió dos silbidos, y pronto se oyeron las pisadas del perro que subía las escaleras.

—Cógelo. Métele aquí...—Mantoni, la mujer de Pello, abrió el saco y Pello metió al perro en él.

—Anda, coge el saco y baja á ver á la zorra. Dile que aquí están los chitos en el saco, que meta la cabeza; verás tú cómo Tsuri le quita el apetito.

Pello, resignado y silencioso, obedeció.

—Creí que no iba usted á volver—dijo la zorra.

—Es que cuesta mucho atraparlos.

—Suéltemelos, suéltemelos aquí; verá usted cómo no se escapa ni uno.

—¿Soltarlos? ¡Quiá, hombre! No comerías ni uno. Mira, mete la cabeza en el saco y cógelos uno á uno.

La zorra, recelosa, rehusó el aceptar la proposición.

—Pierda cuidado —dijo— tengo mucha práctica. ¡Oh! Gran placer es este. Tener muchos polluelos que corran en todas direcciones y perseguirlos, y comerlos uno á uno...

Por fin Pello tuvo que decidirse seguro de que la zorra no metería la cabeza en el saco.

—Pues bien, vas á gozar de ese placer. Prepárate...

La zorra miraba atenta la boca del saco. Pello lo abrió, y apenas Tsuri asomó el morro á la luz, la zorra emprendió una carrera veloz hacia la montaña. Tsuri siguió á la zorra: de cuando en cuando ésta volvía la cabeza y viendo que el perro la seguía, ace-

leraba en lo posible su marcha. Dispuesta á no rendirse, decidió escalar la más alta montaña; subió, subió animosa y al llegar á la cumbre volvió la vista hacia el camino recorrido. Nadie la perseguía; el perro, rendido, había cejado en su persecución.

La zorra se tendió sobre la hierba respirando anhelosa. Con aliento entrecortado, con voz á cada instante truncada, hablando por intermitencias, dió las gracias á quienes le habían protegido en su huída.

—¡Oh, ojos míos! —exclamó.— Gracias, mil gracias á vosotros que habeis sabido ver á tiempo la cumbre de esta montaña inaccesible para el perro! ¡Gracias también á vosotras, piernas mías, que no sabeis rendiros á la fatiga!

—¿Y para mí?—dijo el rabo—¿no hay agradecimiento para mí?

—¡Qué ha de haber para tí, gandulona, si apenas ha faltado nada para que por tu afán de ir rezagada me viera entre los dientes del perro!

GREGORIO DE MUJICA.

MANUSCRITO HISTÓRICO INTERESANTE⁽¹⁾

Informe emitido en 1796 por los Generales O'Farril, Morla y Samper acerca de las condiciones de defensa en que se encontraba la frontera de Francia por la parte de Guipúzcoa y de Navarra.

(CONTINUACIÓN)

PARTE TERCERA

De las fortalezas que pueden cubrir la frontera de Navarra y Guipúzcoa con Francia

En el primer dictamen que presentó la Brigada expuso que la larga y fragosa cordillera de los montes Pirineos, que separan la España de Francia, sólo deja dos pasos libres y cómodos para toda especie de carruaje incluso el de un tren de batir, que son, el de Bellagarde, del Rosellón al Ampurdan, y el de Irún de la Provincia de Labor á la de Guipúzcoa; uno y otro están perfeccionados por caminos sólidos, anchos, suaves y permanentes, mas con la diferencia que el de Cataluña no llega más que á Figueras, tres leguas de la frontera, y que él y los caminos naturales que lo continúan para internarse en España pasan precisamente por San Fernando de Figueras, Gerona, Barcelona y después ó por Lérida ó por Tarragona y Tortosa, Plazas de guerra que son respetables ó que es fácil ponerlas en estado de serlo. Y que el de Irún continua artificial y sólido hasta Bilbao y Burgos, y de esta ciudad con

(1) Este trabajo comenzó á publicarse en la página 161 del tomo I de EUSKALERRIAREN ALDE.

poca interrupción hasta Madrid y Valencia ó Cádiz, y de que atravesando así toda la España en varios sentidos, no está sujeto en ningún punto al menor fortín ni batería. De aquí es que la más sólida, acomodada y breve ruta de un ejército francés para internarse en el corazón de España, carece de otros medios de defensa que los que pueden darles las tropas aprovechándose de las ventajas que les proporcione el terreno; mas siempre expuestas á ser derrotadas é intimidadas, á no poder resistir por su inferior número y á que una epidemia las ponga fuera de estado de poder obrar.

Esta idea que sería fácil amplificar para manifestar toda su importancia, presenta de sí misma obvia y sencillamente, la necesidad de poner barreras fuertes y permanentes en este último camino, que sean proporcionadas y correspondientes á los esfuerzos que puedan emplearse para contrarrestarlas.

Ya se deja expuesto que la demolida plaza de Fuenterrabía no era capaz, ni lo será por más que se mejore reedificándola, y no pasará de ser una barrera, y que menos lo será, ni puede serlo, la dominada de San Sebastián, que son las dos únicas fortalezas que antigua y modernamente han existido en Guipúzcoa, las que además de su natural debilidad no interceptan ni incomodan el expresado paso.

Debe, pues, tratarse de asegurarla y abrirla con fortalezas nuevas y fabricadas de planta, problema militar de los más intrincados y difíciles por su extrema importancia, por los inmensos gastos de su ejecución y porque los yerros que se cometan en su resolución, además de traer funestas consecuencias, quedarán expuestos á una eterna crítica. De aquí es que aunque la Brigada está generalmente poseída de los más vivos deseos de acertar, desprendida de ninguna otra miras, y ha empleado cuantos medios y diligencias podían conducir á su desempeño en este punto, ni se atrevería á tratarlo, si no estuviese obligada á ello, ni tendrá la temeridad y presunción de presentar sus ideas y resoluciones como las mejores y en quienes se pueda tener entera confianza, y sí solo como productos de sus repetidos reconocimientos de sus meditaciones y frecuentes conferencias. Como la desconfianza es natural en puntos tan intrincados podría ser que otros darían más valor á este trabajo.

Para exponerlo con algún método se tratará: 1.^º de la especie que deben ser las fortalezas que se propongan erigir. 2.^º de la situación más oportuna de ellas, y 3.^º de la disposición y planta que deben tener.

1.^º

De la especie de fortalezas que convienen fabricar

Si solo se atiende á las crecidas sumas que exige la fábrica de una gran plaza de guerra, de la mucha guarnición que necesita y á las fuertes dotaciones que ha menester, en ningún modo se pensaría jamás en fortalezas de esta especie y magnitud, que se suplirían con otras mucho menores, que no atraerían tan crecidos gastos, ni su pérdida sería de tanta importancia. Mas así como los vasos pequeños, aunque en crecido número nunca pueden compararse ni suplir á los de línea en la mar, ni las tropas ligeras por numerosas y disciplinadas que sean, excusar las de línea; igualmente fortines, castillos y aun plazas pequeñas, no podrían, aunque se multiplicasen, tener el lugar que una grande de primer orden. Para aclarar suficientemente este primer principio que sienta la Brigada, y darle la extensión y fuerza que se merece, es necesario discutirlo.

En la introducción de la segunda parte de este dictamen se deja dicho, que son dos las primitivas condiciones de toda plaza de guerra: una cubrir país y otra proteger á los ejércitos. En efecto, sin la primera condición, una fortaleza sería meramente onerosa, y á lo más solo serviría de ostentación y decoro como los magníficos edificios de la antigüedad, y vendrían á ser semejantes á los puentes de quienes fuertes avenidas han separado los ríos abriéndoles otras madres. Pero los subidos gastos que exige la manutención de las plazas, no permiten se conserven y mucho menos que se erijan sin esta condición.

La segunda, aunque por su naturaleza no es tan general, no es menos precisa y esencial. Es necesario persuadirse de que las plazas solas no cubren ni defienden eficazmente una frontera y que siempre que no haya tropas que disputen la campaña, el enemigo

migo no dejará por multiplicadas que sean de superarlas ó desatenderlas, dejando solo á su vista destacamentos que contengan sus guarniciones. En esta parte toda opinión exclusiva, es errónea por la experiencia: ésta manifiesta que las potencias que han fiado sus defensas á los ejércitos, han solido ser presas del primer conquistador; un ejército que pierde sus equipajes, sus armas y sus almacenes, no puede mantener la campaña sin reponerse de sus pérdidas; de otra parte, la tropa vencida se consterna, y no ve por mucho tiempo sino imágenes de un enemigo incontrastable y deseoso de su sangre; por tanto, si éste la persigue, no dejará de disiparla enteramente á menos que no encuentre fortalezas permanentes que lo contengan y á cuya protección se pueda reunir y reponer.

Para defender, pues, las fortalezas, son necesarias tropas que mantengan la campaña y plazas, que sean como sus estribos y contrafuertes que las auxilien, que resguarden sus almacenes de toda especie, que las cubran cuando inferiores ó vencidas y que detengan á los enemigos mientras el ejército se forma, se repone ó se socorre.

Mas para que una plaza pueda desempeñar estas funciones y la primera de cubrir país, es necesario que sea grande y respetable por las razones siguientes:

1.^a Ninguna plaza pequeña y menos un castillo ó puente, puede resistir largo tiempo á un ejército sea la que se quiera su fuerza y construcción: exceptúanse solo de esta proposición los fuertes que estén anexos á plazas grandes ó sostenidas por un ejercito porque en este caso son partes de un todo que las socorre y protege. Pero una fortaleza pequeña é independiente, nunca podrá ser de obstáculo invencible por mucho tiempo porque cuando el enemigo vea que por su inaccesibilidad permanente, por la robustez de sus obras, por estar la guarnición á cubierto de los fuegos por elevación no puede superarla con brevedad, dejará á su frente un corto destacamento que la bloquee y pasará adelante.

Es de notar que los fuertes de más difícil expugnación son precisamente aquellos que más se prestan á ser bloqueados por pocas tropas, y que menos pueden incomodar al enemigo; y es la razón que las mismas defensas naturales que los cubren, los cie-

rran dejándoles solo precisas y limitadas salidas; así se verifica con los situados en montes ó rocas inaccesibles, y con los rodeados de aguas ó pantanos intransitables sino por puentes, muelles ó calzadas. Los situados en grandes alturas tienen además el defecto de que sus guarniciones no pueden bajar sin ser vistas desde lejos y con mucho tiempo, y que rechazadas les es imposible el retirarse.

Cuando los fuertes no tienen estas condiciones, el enemigo no necesita dejar destacamentos que los bloqueen, pues que pueden oponer muy poca resistencia. ¿Cuál podrá ser ésta contra unos fuegos de proyectiles huecos y sólidos que crucen por dentro de ellos á toda hora de día y la noche y que batan incesantemente sus obras de frente, enfilada y revés? La única que ha descubierto el arte son las casamatas y edificios á prueba para encerrar á los defensores; pero este encierro tiene los inconvenientes de que siendo por precisión estrecho, poco ventilado y húmedo, es contrario á la salud del soldado, que no deja de enfermar á pocos días y, también de que por estar en él en inacción, y pensando solo que sin su auxilio no puede resistir al enemigo, su espíritu se intimida y anonada á medida que su cuerpo se desfallece, y en este estado nada se puede esperar de la tropa.

Se objetará que la experiencia ha manifestado muy repetidas veces que plazas pequeñas y aún fuertes, han hecho tenaces resistencias. A lo que se responderá que esto ha sido cuando la artillería estaba en su infancia; cuando la destinada á un sitio era solo una cortísima parte de la que ahora; cuando se servía y manejaba mal y torpemente; cuando no se habían descubierto los medios de dirigir oportunamente los ataques. Se responderá también, que esto mismo se repite y repetirá, cuando no se empleen en la rendición de una plaza pequeña los trenes correspondientes, sea por no traerlos ó por no reputar los gastos de su transporte y servicios proporcionados á su objeto. Y en fin, que sucederá con las que tengan una inaccesibilidad permanente. Pero en uno y otro caso tomará el enemigo el partido de dejarlas á su espalda.

2.^a Ninguna plaza pequeña ó fuerte cubre país, porque de ella no se pueden hacer salidas considerables para cortar las comunicaciones del enemigo é interceptar sus convoyes, ni tampoco ser-

vir de punto de reunión para reconcentrar tropas que lo ejecuten. A lo primero se opone esencialmente el que siendo tan pocas no pueden alargarse ni intentar empresa de alguna entidad sin exponer á ser cortadas. Y á lo segundo se resiste la estrechez de sus recintos, que no admiten los almacenes y talleres indispensables á la subsistencia de muchas tropas, ni que éstas entren en ellos.

3.^a Una plaza pequeña ó fuerte no puede sostener un ejército ni protegerlo en ninguna manera. Para ello es necesario: 1.^º que en ella pudiese haber almacenes y depósitos suficientes para armarlo, municiónarlo, equiparlo y mantenerlo, á lo que se opone directamente la estrechez del recinto y también el que no sería prudente confiar en ella semejantes depósitos; 2.^º porque no puede haber edificios suficientes para cuarteles, alojamientos y hospitales; 3.^º y muy esencial porque no podría dar apoyo más que á una ala del ejército; su centro y el ala opuesta quedarían fuera del alcance de su cañón; atacado, pues, el ejército por el flanco opuesto y vencido por él, no le quedaba recurso en la plaza ó fuerte, porque ni al pie de sus murallas cabría.

4.^a Por el contrario una plaza grande y espaciosa ó por su recinto ó por el que ocupe con fuertes con quienes se comunique, carece de todos estos inconvenientes, y es la sola que puede cubrir una Provincia y sostener las tropas destinadas á su defensa. En efecto, una tal plaza no puede dejarse á las espaldas porque su numerosa guarnición interceptaría los convoyes y cortaría las comunicaciones: tampoco se evitaría esto dejando un fuerte destacamento delante de ella que la bloquease, porque esta operación respecto á una gran plaza, exige un numeroso ejército que para tomar los pasos fuera del tiro del cañón de un extendido recinto, tiene que subdividirse en muchas secciones que no pueden socorrerse con la brevedad que las ataque la guarnición con movimientos del centro á la circunferencia, que son los más cortos. Es, pues, preciso el rendirla, y la ciencia del ataque y defensa de plazas enseña, que mediante el vigor y arte de los ataques actuales, solo pueden resistirlos y aun contrastarlos las plazas grandes, porque solo ellas pueden emplear los grandes y eficaces medios de defensa, cuales son: las vigorosas y frecuentes salidas, las contraminas y fogatas, las obras exteriores provisionales, las

grandes cortaduras, el levantar obras interiores. Y que además solo en ellas hay grandes recursos de defensa, como son: estar la guarnición que no esté empleada, fuera del fuego continuo del sitiador, que de lo contrario la consterna y abate, ó la obliga á encerrarse en estrechos, húmedos y mal ventilados subterráneos; hallarse aun cuando no sea sino demoliendo casas, madera y leña para los usos precisos; poder servir los edificios, fuera del alcance del sitiador, de cómodos hospitales y de talleres y almacenes bien acondicionados y hacer servir á la defensa cuantas manos y efectos queden dentro.

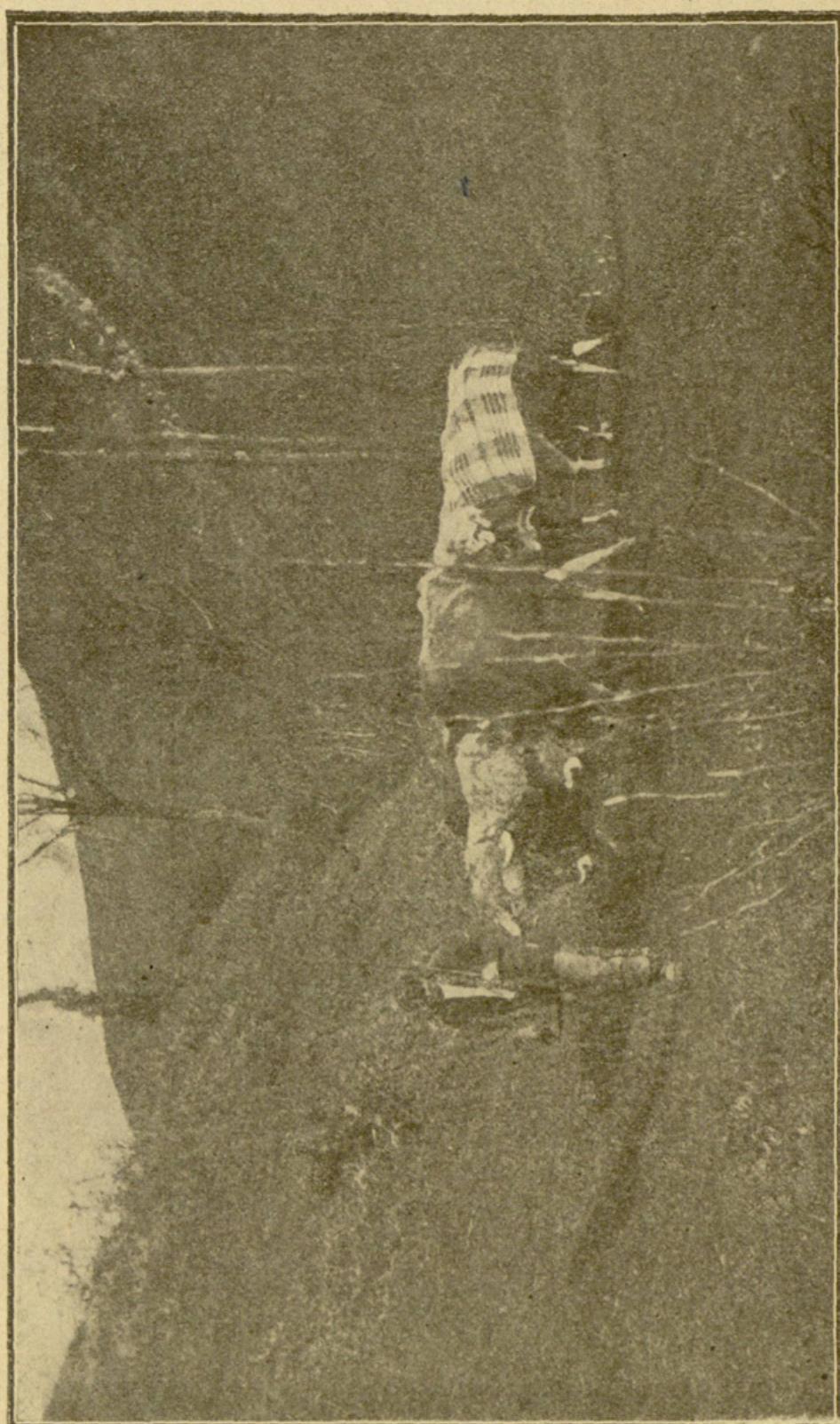
De estas reflexiones que prueban la necesidad de plazas grandes para guardar y poner á cubierto las fronteras y proteger los ejércitos destinados á ellas, no se debe en manera alguna inferir el que no convienen nunca fuertes ni plazas de primer orden, por los excesivos gastos que ocasionan, ni habría tropas y dotaciones para ellas, y ni aun serían convenientes en todas partes. Las plazas de primer orden y de consideración, solo deben erigirse para cubrir un paso ó entrada casi forzosa para la internación de los enemigos y con comunicaciones para ser socorridas y contener á los enemigos si intentasen evitarlas, ó para depósitos de los ejércitos y sostenerlos, cubrirlos y protegerlos, ó en fin para asegurar un punto muy importante como un puerto y astillero de marina. En las demás circunstancias pueden y deben preferirse las plazas pequeñas y aun los fuertes.

O'FARRIL-MORLA-SAMPER.

(Continuará).

155





LA VUELTA DEL TRABAJO

EUSKALERRÍA PINTORESCA

La vuelta del trabajo

El latrador vasco y sus vacas son compañeros inseparables. Juntos salen al campo en cuanto el nuevo día envía á la tierra sus rayos primeros, juntos pasan las horas de trabajo yendo y viniendo mansamente por las heredades cien veces recorridas, y juntos tornan á casa cuando la noche amenaza con inundar de negruras los prados, las casas y las montañas.

¡Ansiado retorno! El casero, despreocupado para consigo mismo, cubre de mantas los cuerpos sudorosos de las vacas; encasqueta fuertemente la boina manoseada, enciende la pipa, echa al hombro el agujón, y el hombre delante y las vacas detrás recorren sendas y vericuetos sin abandonar el paso lento y seguro, imprescindible cuando van juntos vacas y hombre. En casa espere á las vacas el grato calor del establo: al hombre le aguardan el calor dulce de la cocina, la solicitud de la *echekontxandre* y las risas de los niños. En la cuadra, las vacas rumian las hiervas secas, y en la cocina el hombre saborea los tazones de leche.

Más tarde, cuando á los niños, junto al fuego, el sueño hace humillar sus cabezas, en la amplia cocina suena la voz grave del *baserritar* que eleva al cielo sus plegarias, y se oye el chasquido de las cuentas del rosario que entrechocan. De abajo, del establo, de cuando en cuando suben prolongados mugidos de satisfacción. La paz es reina del caserío: los hombres rezan, los niños duermen, las vacas descansan.

J. MENDIZALE.

BIBLIOGRAFÍA

En esta sección daremos cuenta de las obras que se nos envíen, siempre que la materia objeto del libro se relacione de algún modo con el país vasco.

De las obras de lingüística y literatura euskalduna nos ocuparemos en las páginas de la sección subtitulada EUSKAL-ESNALEA, que forma parte integrante de esta Revista.

LIBROS Y FOLLETOS

P. de Alzola y Minondo.—Plan para organizar en Vizcaya la exploración de las cavernas.—Bilbao.—1911.

Nuestro docto y respetable amigo el Excmo. señor don Pablo de Alzola y Minondo ha dado á luz un interesante folleto en que reproduce el plan que ha presentado á la Comisión de Monumentos de Vizcaya para la exploración de las cavernas del Antiguo Señorío.

Dada la importancia creciente que van adquiriendo los estudios prehistóricos y teniendo en cuenta los resultados verdaderamente prodigiosos que se van alcanzando para la ciencia con la exploración de las cavernas, incluso en comarcas y regiones muy proximas á Vizcaya, no podemos menos de esperar que el día que se lleven á cabo los trabajos que con tan plausible acierto propone el señor Alzola, se descorrerán seguramente no pocos velos que ocultan la vida de las generaciones que en edades remotísimas ocuparon el solar vasco.

El ilustre escritor á que aludimos, expone razonadamente sus proyectos, y hace ver con datos y noticias traídos muy á punto, que no es temerario suponer que se habrán de alcanzar fructuosos resultados. Entre esas noticias se ha deslizado alguna que exige rectificación, pero nos consta que el autor se dispone á rectificarla en una nueva edición que prepara de su trabajo.

El señor Alzola llama á la juventud vasca, para que «se asocie á estas tareas laudables, para constituir sociedades de excusiones, dedicadas no sólo á los provechosos deportes que contribuyen á robustecer la raza, sino también á escudriñar en los montes y en los valles, en los templos y en los edificios vetustos, en las cavernas y en los archivos locales las preciadas reliquias de nuestro pasado, desde los tiempos más remotos. Despertemos—añade—la noble emulación para que surja el alma vasca, produciendo numerosas monografías, reveladoras del amor al estudio y de su interés por todos los problemas de la cultura moderna.»

Nosotros asociamos con gusto nuestra voz á la autorizada del señor Alzola que con tan elocuentes frases clama por la realización del programa de la Revista EUSKALERRIAREN ALDE, y hacemos votos porque el razonado plan que él ha propuesto á la Comisión de Monumentos de Vizcaya, y que ha sido aceptado por ésta, como no podía menos de ser, por voto unánime de la misma, se lleve á cabo con las más sólidas garantías de éxito.

Con ello saldrá ganando la ciencia, y saldrá ganando también la tierra vasca, cuyos hijos debemos esforzarnos en que sea cada día más perfectamente conocida.

A LOS LECTORES

Como habrán observado nuestros lectores, desde el número anterior repartimos en un solo volumen las dos secciones de EUSKALERRIAREN ALDE que antes se distribuían en dos cubiertas distintas.

La paginación de ambas secciones sigue, sin embargo, siendo independiente, con el objeto de que á fin de año puedan encuadernarse en dos tomos distintos, en la misma forma que el pasado. Cuando los tomos estén concluidos, distribuiremos también dos índices en igual forma que hasta ahora.

Volvemos á repetir á los lectores, que si les falta algún número de la Revista para completar el tomo I, deben pedírnoslo á la mayor brevedad.

* * *

En el artículo titulado *Alava Románica* que publicamos en el número anterior con la firma del religioso capuchino P. Fernando de Mendoza, se nos deslizó una errata que conviene corregir. En la página 46, se dijo: *¿Qué se ha hecho parte del inventario de nuestra riqueza medioeval?* Esta frase, debió estamparse en esta otra forma: *¿Qué se ha hecho? Parte del inventario de nuestra riqueza medioeval.*

